La Horquilla

Charada

Capítulo 1

Recuerdo la primera vez que me encontré una horquilla suya en mi casa. Estaba en el suelo, junto al lavabo, detrás de la pila. Fue de improviso, y como fue así, de improviso, me dio una punzada en todos los miembros de mi cuerpo, en el pecho, en las manos, en el cerebro. Sentí como un millón de agujas clavándose en mí. Precisamente ahora, en ese momento, cuando había prometido no volver a recordarle... Pero la vida es así de caprichosa y te pone a prueba, o simplemente es que había dejado lo de la limpieza de la casa demasiado tiempo a un lado. Miré desde arriba la horquilla y lo primero que hice fue apartar la mirada. Quizá así se iría y no tendría que cogerla. Era inconcebible para mi tocar algo que había estado en contacto con su cuerpo. Era damasiada tortura. Pero no, volví a mirar y ahí seguía, no había desaparecido. Así que, aunque podía haberla recogido con otro instrumento o aparato de limpieza, decidí agacharme y recogerla con mis propias manos, o dedos, tratándose de algo tan pequeño. Tan pequeño como ella.

Mi primer impulso al tenerla entre mis dedos fue tirarla a la basura, pero no de cualquier forma, sino con ira, en una basura llena de desperdicios, de comida podrida y mal oliente. Así que me fui rápidamente a la cocina, pisé el pedal del cubo y la tapa se abrió. Puse mi mano sobre él, por lo que sólo tendría que aflojar un poco mis dedos para que cayera, pero no lo hice. Me quedé mirándola, a ese pequeño objeto de metal. Recordé como se las ponia, cómo las abría con sus dientes, y sin mirar, las colocaba siempre en el sitio exacto de su pelo, para cumplir su propósito concreto. Recuerdo cómo yo le decía que abrirla con los dientes no era la mejor opción, y también recordaba como ella se encojía de hombros y me decía que no pasaba nada, que siempre lo había hecho así, a pesar de que alguna vez la vi quejarse por haberse hecho daño en la encía o en sus dientes. Sus dientes... Finalmente, no la tiré, y contra todo pronóstico, la dejé sobre el alfeizar de la ventana de la cocina. No para guardarla, sino para decidir en qué cubo meterla, ya que no estaba seguro de qué tipo de desperdicio era. No era un embase, pero era de metal... Tendría que consultarlo.

Así que, hasta entonces, decidí dejarla ahí, en un sitio inútil, como me sentía yo desde hace algún tiempo, y que ahora contenía ese objeto tan minúsculo. Recuedo que la dejé ahí durante días. Si hubiese dado al exterior, la lluvia y el sol la habría oxidado, dejando un rastro cobrizo sobre el alféizar, pero no daba al exterior. Estaba bien resguardada. Durante días pasaba a su lado y la miraba, pensando en qué tipo de tratamiento de reciclado recibiría. Si la fundirían o la harían mil pedazos, como ella hizo conmigo. En qué se convertiría después o si, simplemente, acabaría sepultada bajo toneladas de basura en algún vertedero. También imaginaba que quizá renacería de nuevo, otra vez, en forma de horguilla, y volvería a formar parte de un paquete que ella compraría en cualquier

tienda y que volvería a su pelo. En esos momentos deseaba poder volver a su pelo...

Pero después de varias semanas conviviendo con su maldita horquilla, me decidí de una vez por todas a tirarla, deshacerme de ella y no pensar en cuál sería su destino. Al fin y al cabo, ella no se preocupó lo más mínimo por el mío. Así que me dirigí, rápido, hacia la ventana, que estaba en la cocina, que estaba en el otro extremo de la casa, para, en medio de ese trayecto, encontrarme con otra horquilla. Esta vez estaba en un rincón entre el marco de la puerta y la propia puerta. Me extrañó que no me diese cuenta de ello al cerrar esa puerta, que no me percatase de que había algo que impedía cerrarla, pero luego caí en que esa puerta no la cerré jamás, sólo una vez, cuando ella me pidió que lo hiciera porque hacía mucho frío ese día. Me paré en seco, me agaché para recogerla, y fui hacia donde me llevaba esperando la otra durante semanas. Ahora sí, estaba decidido, irían directas al contenedor amarillo. Pisé el pedal, la tapa se abrió, y puse mi mano justo encima. Y, otra vez, no pude hacerlo. Las encerré en mi puño, como si de ella misma se tratase, y las volví a dejar en el alféizar de la ventana de la cocina, que no daba al exterior.

Desde ese día, fui encontrándome horquillas por todas partes. Al principio, aparecían en lugares muy escondidos, como debajo del sofá, detrás de un mueble o entre las cajas del trastero. Para eso, pensé, tenía explicación. Falta de limpieza y orden, y quizá poca atención. Pero después, aparecían en medio del pasillo, en la puerta de la cocina, o encima del lavabo. Todas acababan en el mismo sitio, en el alféizar de la ventana de la cocina que no daba al exterior, hasta que empezó a desbordarse. No es que fuera muy pequeño, es que había muchas. Cuando me di cuenta de que la cantidad de horquillas era muy superior a la capacidad de contención del alféizar, supe que tendría que buscarles otro sitio, porque tirarlas, de manera inconsciente, era ya un concepto que había dejado de formar parte de la ecuación. Así que vacié un cajón, el que solía vacíar cuando ella estaba en casa, y las puse ahí.

Poco a poco, el cajón fue llenándose de sus horquillas, y yo hacía mil y una conjeturas sobre el origen de ese fenómeno. Hubo un tiempo en el que pensé que ella había vuelto, que todo había sido un sueño, y que solo tendría que salir de mi cuerto para encontrármela en cualquier lugar de la casa. Otra de las hipótesis era, obviamente, que me estaba volviendo loco, que no había ni horquillas ni cajón lleno de ellas, pero eso tenía fácil solución. Una y otra vez, seguían apareciendo, seguía recogiéndolas y seguía metiéndolas en el cajón. Cuando hubo la suficiente cantidad, a veces metía la mano y la enterraba entre esas pequeñas varillas de metal. Estaban frías, y algunas pinchaban, pero me encantaba la sensación que me producían al escurrise entre mis dedos, igual que hacía con su pelo.

Hubo mil y una teorías por las cuales intenté explicarme el por qué de esas horquillas, hasta que caí en la cuenta. Ella lo decía en broma, pero

como todas las cosas que se dicen en broma, lo decía en serio. Marcaba su territorio. La muy hija de puta se pensaba que aún podía pretender que algo mío le perteneciera. No se merecía ni uno sólo de mis pensamientos, ni un ápice de mi energía. Cuando recordé esto, saqué el cajón y me fui con él, dispuesto, de una vez por todas, a tirar esas puñeteras horquillas y a librarme de ella. De nuevo, pisé el pedal y la tapa se abrió. Ahora sí, empecé a inclunar el cajón, y todas las horquillas empezaron a desplazarse hacia la esquina que estaba hacia abajo, pero paré. Me odié por eso. Por todas las veces que, de manera deliberada, no lograba liberarme de ella. Entonces decidí cambiar la teoría, y fingir que no era esa la finalidad de la aparición de sus horquillas, sino que en realidad me estaba dejando pistas. Como migas de pan, hacia ella. Quizá cuando las juntase todas podría volver a encontrar el camino de vuelta a casa.

Así pues, retrocedí, volví a colocar el cajón en su sitio y volví a ir cosechando sus horquillas, una a una, y metiéndolas en el cajón, que era el suyo, como yo le decía. Quizá sea retorcido, pero no cabe en mi mente otra opción que atesorar todo lo que pueda, guardarmelo, y esperar.